



IV CURSILLO TETRACERO

Se ha celebrado recientemente, en Madrid, el IV CURSILLO TETRACERO DE CALCULO DE ESTRUCTURAS DE HORMIGON ARMADO, dentro de un ambicioso programa de especialización que abarca todos los estamentos profesionales relacionados con este importante aspecto técnico de la construcción. En esta ocasión han asistido arquitectos procedentes de distintos puntos de nuestra geografía, que durante quince días han seguido con enorme interés todas las sesiones teóricas, prácticas y experimentales, a través de las cuales se han tratado los temas relacionados con el cálculo, según los más recientes métodos de acuerdo con la Norma EH-73, siendo de destacar el esfuerzo de estos profesionales por actualizar su formación. La resonancia que estos Cursos tiene en los medios técnicos pone de manifiesto el alto interés de los mismos. TETRACERO, S. A., ha confiado, una vez más, al Instituto Técnico de Materiales y Construcciones (INTEMAC) las funciones didácticas de este IV Cursillo. (Foto: DIEGO MARTIN.)

interrumpido. Apareció un nuevo personaje, delgado, sin maquillar, con aire de estar fuera de la comedia. Más o menos, dijo: «Señoras y señores: la representación se suspende por orden gubernativa». Sorpresa en el público. No es la primera suspensión, pero siempre se han hecho previamente, sin formularse ante una sala llena, después de comenzada la sesión y en términos tan inevitablemente dramáticos. El personaje se retira y el público pasa de la perplejidad a la indignación y a las preguntas. Todo el mundo quiere saber lo que realmente sucede, la explicación de la aparente incoherencia. Van saliendo los actores, todos maquillados de colores, tristes, con la más orgánica —«vivir su parte», que dijo el clásico— y expresiva de las decepciones. «No sabemos nada. Esta tarde, a las siete, hemos hecho el ensayo para los censores y nos han dicho que podíamos hacer la obra». El público sigue sin entender lo que pasa. Hasta que un señor, desde el primer piso, se dirige a la sala en estos términos: «Lo que ha sucedido, simplemente, es que la compañía no ha solicitado el permiso gubernativo que hace falta en todo el mundo para hacer teatro». Ahora entra en acción una muchacha, muy pálida, nerviosa, sin maquillar, aunque evidentemente pertenece al grupo Goliardos. Desde el centro del escenario reclama: «¡Que venga X. X., que está en la sala! ¡Que suba, por favor!». Y X. X. aparece y sube.

Mientras, en el teatro, para aligerar la atmósfera, han puesto una suave música de fondo, como pidiéndonos «que nos vayamos con la música a otra parte». Pero la invitación no sólo no es aceptada, sino que los espectadores solicitan que cese esa música de fondo tan decididamente opuesta al clima de la sesión. Se hace el silencio musical y el nuevo personaje, tenso, midiendo las palabras, dice en su parlamento: «Soy el encargado de obtener los permisos y hacer los trámites que

corresponden a Los Goliardos. Esta mañana, las autoridades me aseguraron que todo estaba en orden, aunque, como ocurre otras veces, me darían el permiso por escrito más tarde. Es una cuestión burocrática, porque el permiso verbal de la autoridad gubernativa lo teníamos».

La gente va saliendo lentamente. Unos pasan antes por los camerinos para dar el pésame a los actores. Otros disuelven sus corrillos en la puerta del teatro, bajo el cartel, que, premonitoriamente, afirma: «Dura lex, sed lex». Otros deciden ir a tomar unas copas para hablar de la velada goliarda... ■ JOSE MONLEON.

«Historia de Juan de Buenalma», se estrenó por fin normalmente el domingo 22 de diciembre.

Los cinco años del Capsa

En un reciente comentario, aludíamos al espíritu censor que domina entre los elementos que conforman nuestra actual estructura teatral. Ciertamente, a muchos se les oye hablar de libertad, pero es más la libertad para echar una cana al aire que para ordenar a su amparo un nuevo tipo de relación social. En el «mundo del espectáculo», la libertad posee, a veces, incluso un molesto aroma mercantil. El empresario de teatro o el productor de cine piensan que un poco más de libertad les permitiría presentar historias de mayor interés para el público, pero sin plantearse cuál sería el teatro o el cine, e incluso su papel de empresarios o productores, en una sociedad que fuera realmente más libre. La libertad tiene para muchos de nosotros la triste imagen de una semana en París, con todo incluido, para volver luego al redil.

Escribo todo esto a cuenta de los últimos cinco años del teatro Capsa, de Barcelona, en cuyo plazo Pablo Garsaball, en su papel de excepción que confirma la regla, se ha esforzado por hacer de la libertad

un acto responsable y cotidiano.

La hazaña empezó en noviembre del sesenta y nueve, con «El adefesio», de Alberti. Aunque sea un poco largo, por esclarecedor y como un homenaje al Capsa, quiero anotar todos los títulos ofrecidos desde entonces: «El adefesio», de Alberti; «Guadaña al resucitado», de Ramón Gil Novales; «El Joc», de Els Joglars; «La noche de los asesinos», de José Triana; «Caviar o llientes», de Scarnacci y Tarabussi; «Cambrera nova» y «Allo que tal vegada s'esdevingue», de Joan Oliver; «El knock», de Ann Jellicoe; «El cepillo de dientes», de Jorge Díaz; «Noies perdues en el paradís», de Antoni Ribas; «El Retaule del flautista», de Jordi Teixidor; «Cruel ubris», de Els Joglars; «Informe para una academia», de Franz Kafka; «El pupilo quiere ser tutor», de Peter Handke; «Una guerra en cada esquina», de Luis Matilla; «Facem comedia», de Alexandre Ballester; «Quejío», del grupo La Cuadra; «Tiempo de 98», de Juan Antonio Castro; «Mary d'ous», de Els Joglars; «Pell de brau», de Salvador Espriu; «Es quan dormo que hi veig clar», de J. V. Foix; «La cuina», de Wesker; «Berenaveu a les fosques», de J. Maria Benet; «Cuento para la hora de acostarse», de O'Casey; «El neófito», de Alfonso Jiménez; «Gaspar», de Peter Handke; «Los viejos no deben enamorarse», de Castelao; «La boda de los pequeños burgueses», de Brecht; «El gran soñador», mimo; «Víctimas do devers», de Ionesco; «Les noces del launer», de Synge; «La murga», de Alfonso Jiménez y Paco Díaz, y «Terror y miseria del III Reich», de Brecht, que está ahora en cartel.

He querido citar todos los títulos —además, están los recitales— para dejar claro que no se trata de ninguna improvisación. Unas cosas han sido, como es lógico, mejores que otras. Pero es evidente que no ha mediado ningún oportunismo, ningún reparto de velas para Dios y el diablo, ninguna política empresarial jugando a favor

de eventuales corrientes favorables. Pau Garsaball tiene una idea del teatro que intenta expresar la vida de nuestros días —si es la española, mejor— y ha ido a buscarlo por todas partes, renunciando, siempre que ha sido necesario, a su nada desdénable trabajo de actor. Autores nuevos, grupos independientes, compañías empeñadas en salir de la rutina, en lengua catalana o castellana, de cualquier lugar de España, para cuantos han intentado formular un teatro crítico, un teatro vivo y antirrutinario, en términos de producción soportales por el Capsa, el local ha estado abierto.

Hoy, cinco años después del estreno de «El adefesio», hablar del «público de Capsa» no es hablar del público teatral español. Cuando las gentes nos dicen que en Barcelona va muy poca gente al teatro, que aquello es un desastre, al citar el Capsa casi siempre añaden: «es un fenómeno especial». De acuerdo, lo es. No sólo en Barcelona, sino en el cuadro de todo el teatro español. El Capsa ha sido el ejemplo de un teatro en donde la idea de negocio nunca ha estado por encima de la idea de teatro. Garsaball ha tenido que luchar económicamente para subsistir como empresario; pero lo que cuenta hoy, definitivamente, no es la historia de sus éxitos, sino esa historia del teatro responsable, castellano y catalán, que él ha querido reafirmar desde su sala. A Garsaball y al Capsa, pues, nuestro homenaje. ■ JOSE MONLEON.

CINE

Polanski y la moda «retro»

Por encima del terror o la crueldad, la constante en el cine del polaco Roman Polanski es